

ADELANTE.

DIARIO LIBERAL.



PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MURCIA.	PUNTOS DE SUSCRICION.	FUERA DE MURCIA.
Un mes. 8 reales.	En Murcia.—Librerías de Riera; Contraste y Príncipe Alfonso; de Sellés, Freneria; y en la Redaccion y Administracion, Arco del Vizconde, 5. tercero.	Trimestre 24 reales.
Tres idem. 20 »		Semestre 42 »
Seis idem. 36 »		Año. 74 »

Murcia 18 de Octubre de 1868.

La importancia que tiene en estos momentos la relacion verdadera de la caida de la Dinastía, hace que retiremos el artículo de fondo preparado para hoy para dar cabida al que en el periódico de Bayona «La Gironda,» da los mas curiosos y notables detalles de la entrevista de Isabel de Borbon con los Soberanos de Francia.

He aquí su contenido.

Es la una y media. La reina se encuentra en la estacion de San Juan de Luz. En el mismo momento, el emperador y la emperatriz llegan á la de Biarritz. La emperatriz se dirige á la marquesa de Jovallquinto y habla con ella un rato. El emperador se pasea solo en el anden de la estacion con la cabeza baja y profundamente reflexivo. De pronto llama á un chambelán y hace dirigir á la reina un despacho preguntándole si piensa seguir inmediatamente á Pau ó detenerse en Biarritz.

Por la ocasion y por la forma, la pregunta de ese despacho llevaba implícita la respuesta. La reina responde, en efecto, que va directamente á Pau.

El telégrafo anuncia la salida de San Juan de Luz del tren especial en que viene la ex-reina de España, y poco despues entra esta en la estacion de Biarritz. Isabel de Borbon sale del coche-salon en que viene y se asoma á la barandilla de él. Marfori aparece en seguida vestido de etiqueta y luciendo sobre su traje negro la banda de la gran cruz de Carlos III.

En el momento en que el emperador se adelanta para dar la mano á la reina, pasa el tren «express» de Paris á España, detenido hasta entonces para dejar expedita la vía al en que viene Isabel de Borbon, y salen de aquel los gritos mas terribles para la ex-reina, y sobre todo, para Marfori, gritos en que se oye esta exclamacion, in-

comprensible para mí: ¡Fuera Isabel, fuera ese pelapollos!

Al oír estos gritos, el emperador hizo un movimiento hácia atrás, un movimiento de sorpresa, que dominó de pronto, y la ex-reina bajó del coche con el rey y sus hijos, los personajes de su comitiva, el padre Claret y el «inevitable» Marfori.

Despues de estrechar la mano del emperador y de abrazar á la emperatriz, estos, la reina y el rey que fueron de España, entraron en una de las salas de espera de los viajeros de primera clase, cuyas puertas permanecieron abiertas. Nadie, sin embargo, entró en ella por respeto á los soberanos de Francia. Delante de la puerta de entrada se colocaron en fila los altos dignatarios de ambos paises, y detrás los curiosos y los corresponsales de periódicos, que observábamos con ojo escudriñador la fisonomía de los soberanos, sin oír nada, aunque adivinando mucho.

La entrevista duró veinte minutos. Al fin la reina hizo un movimiento para dirigirse hácia la puerta. Entonces, un general español que se hallaba á mi lado, dijo: «No nos queda mas que marchar.» Esta frase revelaba «que en aquel momento habian quedado completamente frustadas las últimas esperanzas, las esperanzas de apoyo que se habian fundado hasta entonces en el auxilio del gobierno francés.»

La despedida fué corta, silenciosa, lúgubre. El emperador estaba impasible, la emperatriz lo mismo y el príncipe imperial parecía asombrado de esta escena. La reina se esforzaba en sonreír, el ex-príncipe se agitaba para ocultar sus impresiones, y la comitiva régia parecía consternada. Sube al coche la reina, siguela el rey y el príncipe de Asturias, á quien abraza el emperador, y los demás hijos de Isabel de Borbon.

En este momento, la reina, que se ha-

llaba en la galería del coche-salon sola con el conde de Ezpeleta, esclama en español: «¡Ay, que no he dado un beso á la emperatriz!» y hace un movimiento como para bajar; pero la emperatriz se adelanta á él y sube á la galería diciendo, también en español. «Subo á recibirlo.» Sube, en efecto, y presenta su mejilla á la reina, quien la abraza; pero la emperatriz se retira en seguida, de suerte que cuando la reina va á besarla en la otra mejilla solo encuentra el vacío.

El general Castelnau, un chambelán y un ayudante de órdenes, que han venido desde la frontera española con los ex-reyes, se despiden entonces de estos. Isabel de Borbon les dice en francés: «Gracias señores.» Son las últimas palabras que se pronuncian, y aquellos bajan del wagon y van á colocarse en torno del emperador.

El emperador se halla de pié, y con la cabeza descubierta, á dos pasos del wagon; la emperatriz está á su derecha y á la derecha de su madre el príncipe imperial, que parece asombrado de lo que ve. En el salon real se mantiene de pié el rey y su comitiva: la reina se halla en la galería, que acaba de cerrar un empleado de la casa imperial, y ante aquella, rojo, casi amoratado y lloroso, el conde de Ezpeleta.

Los dependientes del ferro-carril cierran las portezuelas de los wagones del tren real, que tarda en partir cuatro minutos, durante los cuales todos los circunstantes guardan el mas profundo silencio, sin hacer mas que mirarse con aire lúgubre y fisonomías consternadas.

Era este el convoy fúnebre de una monarquía dos veces secular que acababa de exhalar su último suspiro en la estacion de Biarritz. Dáse al fin la señal de partida, el tren se pone en movimiento, los circunstantes se inclinan, y todo está acabado para Isabel de Borbon y su familia.